

Gavin Menzies. 1421. *El año en que China descubrió el Mundo*. Ed. Random House Mondadori. Barcelona. 4ª edición, 2004

per Jaime Mateu Pérez (Universitat Autònoma de Barcelona)

Generando nuevas hipótesis

Este libro, escrito por un oficial jubilado de la Royal Navy, tiene como objetivo principal ofrecer pruebas concluyentes de que los viajes de Zhuang-He entre los años 1421-1423 fueron los primeros en descubrir y cartografiar el mundo antes de los “descubrimientos” de los grandes aventureros europeos como Colón, Cook o Magallanes. Para ello, cuenta con unos conocimientos que no tiene ninguno de los grandes sinólogos del mundo intelectual. El conocimiento aportado por cuarenta años circunnavegando el globo terráqueo. Y, por lo tanto, los conocimientos de náutica, astronomía, vientos, corrientes marinas y la experiencia derivada de haber visitado más de 120 países en los cuales ha buscado incesantemente restos que confirmen su hipótesis.

El autor admite que no es un experto y que lo que desea es demostrar, mediante sus conocimientos de navegación, que los primeros exploradores del mundo fueron los chinos durante la dinastía Ming. Para ello, trabaja con varios mapas de la época que hacen referencia a descubrimientos anteriores a la llegada de los europeos a las nuevas tierras. Así trabaja por ejemplo, con el mapa de 1428 donde aparece la Patagonia; el mapa de Piri Reis donde se encuentran las islas Malvinas; el mapa de Kangnido donde aparece el cabo de Buena Esperanza antes de que fuera cruzado por los portugueses; el mapa de Jean Rotz donde aparece Australia varios siglos antes de que llegara el almirante Cook; el mapa de Pizzigano de 1428 donde aparecen cuatro islas del Atlántico occidental llamadas Saya, Satanazes, Antilia e Ymana; el mapa de Cantino donde aparece el Caribe perfectamente dibujado; el mapa de Vinland fechado entre 1420 – 1440 donde aparece Terranova; y, por último, el mapa de Waldsenmüller de 1507 donde aparece cartografiado el oeste de Norteamérica.

La tesis central del libro es que el emperador Zhu Di había pedido a la flota comandada por Zhuang-He cartografiar el globo y mostrar al mundo la supremacía de China. Hipótesis factible dentro de la política de regalos y reconocimiento de los pueblos extranjeros realizada por los sucesivos imperios chinos. Por ello, la flota se dividiría en tres y emprendería un viaje a través de los océanos con el fin de cumplir el mandato del emperador. El problema que surge a la hora de abordar estos viajes es que todos los documentos redactados en el transcurso de estos viajes fueron destruidos a su vuelta por los mandarines chinos con el objetivo de acabar con la influencia de los eunucos en la corte China. Por ello, el autor se ha visto obligado a buscar evidencias de dichos viajes en otras fuentes históricas, como pueden ser los mapas de la época, las narraciones de los viajeros europeos sobre sus descubrimientos o los restos que hoy en día aún se conservan.

Para un neófito en el tema de la historia de Asia Oriental es difícil evaluar las veracidades o las falsedades que aporta esta obra. Pero esto no es óbice para constatar ciertas lagunas del autor de la realidad socio-política China del siglo XV. Por ejemplo, no se resalta cual es el motivo de fondo del cambio de actitud de los emperadores en referencia a los viajes o la influencia de los



mandarines en lucha constante con el poder de los eunucos. Otro aspecto a discutir es la consideración de budistas y confucianos como dos religiones que convivían pacíficamente. Esto no es así, ya que cuando los budistas pretendían incorporarse al gobierno eran rápidamente perseguidos por los confucianos que eran los que ocupaban los cargos de la burocracia.

Es evidente que el autor formula innumerables evidencias para certificar supuestamente su hipótesis. Todas ellas desarrolladas en el libro y recopiladas en apéndices muy bien estructurados y que agilizan las comparaciones y entre las cuales encontramos: plataformas de observación y observatorios repartidos por Australia, Atlántico norte y todo el Pacífico, estelas grabadas que registran sus viajes tan lejanas como la del río Sacramento en EEUU, porcelana intercambiada con las culturas mesoamericanas, y otros objetos votivos encontrados en Sudamérica como el bronce Chino en Perú. En este punto cabe destacar los animales intercambiados en estos viajes, por ejemplo, los perros chinos encontrados en Sudamérica, México y el sudeste asiático y la incorporación de los pollos asiáticos en América; o, respecto a los vegetales, la incorporación del maíz en el sudeste asiático antes de la llegada de los europeos, la introducción del arroz en Sudamérica y una gran cantidad de plantas que surcaron el Pacífico.

Por último, el autor adjunta la bibliografía consultada que aunque no sirva para autentificar todos sus argumentos si que da muestra de la preparación del autor.

Sin duda es un libro arriesgado susceptible de despertar disparidad de opiniones. Algunos sinólogos defienden el comercio con Mesoamérica, pero todas las evidencias del libro no son suficientes para la mayoría de la comunidad intelectual especializada en la sinología, que critican profundamente este libro y llegan a tildar al autor de elucubrar teorías que confunden a la gente con pocos conocimientos sobre el tema.

330

En cualquier caso, el libro aporta una nueva teoría a la historiografía sobre los viajes de Zhuang-He y lo consideramos como un excelente punto inicial para fomentar la investigación y el debate entre los intelectuales en lugar de causar un repudio inmediato a la obra por dichos intelectuales. Es lógico que las aportaciones de un navegante no cuenten con el suficiente reconocimiento pero, no por ello, debería ser tildado de mentira todo lo que escribe. Espero que con el desarrollo de las investigaciones se aporten nuevos datos que esclarezcan este apasionante tema.